
**NOTAS
DE
FILOSOFIA**

P. Alfonso López Quintás.

RECOGIMIENTO Y SOBRECOGIMIENTO

Este trabajo constituye el cierre de la breve serie que he dedicado en los últimos números al apasionante tema: *Diagnosis del hombre actual*. Vistas las principales características del hombre actual y las notas más sobresalientes de la crisis que atraviesa la humanidad de nuestros días, se impone hallar una vía de solución.

A mi modo de ver, si las causas de la crisis radican en la *superficialidad* en que viven los hombres actuales, que usufructúan los productos de una cultura cuyas hondas raíces en su mayor parte desconocen, el remedio debe provenir del cultivo de lo

profundo, de las capas más nobles y valiosas de la realidad. Para ello hay que evitar la dispersión en lo banal mediante el *recogimiento*, y despertar el sentido de lo profundo dejándose *sobrecoger* por lo verdaderamente valioso. La campaña de recuperación del hombre actual tal vez pueda tomar como lema estos dos nobles vocablos: *Recogimiento* y *sobrecogimiento*. El estudio de estas altas categorías puede servir de decisiva orientación a cuantos—en su quehacer profesional—tienen el grave deber de ayudar a los hombres a encontrar su verdadero camino, la vía de la autenticidad.

RECOGIMIENTO

Hay que evitar entender el recogimiento como una forma de retracción ante la realidad. El hombre se recoge cuando se sitúa a un nivel de profundidad, de autenticidad humana, que es justamente donde se afirma su poder. El recogimiento no es, pues, un modo de evasión, sino de propulsión, verdadera y eficaz, hacia lo real. Cuando instamos a alguien a que reflexione, no se le pide solamente que vuelva mediante el recuerdo sobre lo hecho en un momento anterior, sino que lo considere *al nivel de hondura* en que se dan las motivaciones profundas y los valores que deben orientar la vida de los hombres. Reflexionar no es retirarse de la vida de acción, sino rehacerla a la luz de los principios de los que recibe su plenitud de sentido y de elevación.

De aquí se desprende que el recogimiento no es un *monólogo* del hombre solitario consigo mismo, sino el diálogo de quien se siente solidario del Universo con aquellos aspectos del ser que plenifican su

espíritu. Por eso el recogimiento concentra la persona del hombre, ser creado esencialmente para la comunicación. Concentrarse es ser plenamente lo que se es, o mejor: lo que se está llamado a ser. Recogerse es, por tanto, llevar a plenitud las facultades humanas, es libertad y apertura, consentimiento creador al despliegue de la vida, al desarrollo en el tiempo de ideales supratemporales. "El recogimiento—he escrito en mi *Metodología*—no es reflexión hacia la soledad del desarraigo, sino apertura a la comunidad personal de la participación."

Subsiste, sin embargo, el peligro de que el recogimiento degenera en evasión. ¿Cómo puede evitarse? "La evasión—escribe Sciacca—es el deseo de lo imposible: querer superar lo finito para alcanzar *en lo finito...*" La evasión es la fuga frente a todo lo infinito... en lo finito, que es continuar todavía

aquello que nos confiere arraigo, por ser profundo y comprometernos. Evadirse es dejar que la vida se escurra por la superficie banal de las cosas, haciendo del cambio la morada fluyente. El evadido es esencialmente un des-centrado, un nómada que confunde lo original con lo novedoso y excéntrico.

Recogimiento es, por el contrario, el retorno a lo originario, lo que, por profundo, es origen de algo nuevo y perdurable. Recogerse es atender a los valores más nobles que plenifican el alma y la hacen vibrar con esa expectante emoción que llamamos *sobrecogimiento*.

SOBRECOGIMIENTO

Estas dos categorías: *recogimiento* y *sobrecogimiento* reciben su sentido de la vuelta del hombre al objeto. ¿Qué clase de objeto? Mi respuesta es inequívoca: todo ser que tenga un valor *irreductible*, ese halo de consagración y dignidad que la Edad Moderna, seducida por el método científico, no supo debidamente valorar. Cuando la Filosofía personalista actual exalta el valor de realidades como la familia, lo hace debido a su carácter irreductible, que nadie puede osar disolver sin exponerse a los mayores riesgos. Todo el pensamiento de Marcel arranca de esta intuición. De ahí la gravedad de sus palabras cuando critica la desorbitación actual de la idea de función.

"La edad contemporánea me parece caracterizarse por la desorbitación de la idea de función... El individuo tiende a parecerse a sí mismo y a parecer también a los demás un simple haz de funciones... El individuo ha sido inducido a tratarse a sí mismo cada vez más como un conjunto de funciones, cuya jerarquía, por lo demás, le parece problemática, como sujeta en todo caso a las interpretaciones más contradictorias. Funciones vitales..., funciones sociales. Entre unas y otras hay, ciertamente, lugar teórico para las funciones psicológicas. Pero se ve al momento que las funciones propiamente psicológicas tenderán siempre a ser interpretadas bien en relación con las funciones sociales, bien en relación con las funciones vitales, y que su autonomía será precaria, y su carácter específico puesto en tela de juicio..." "Apenas hace falta insistir en la impresión de sofocante tristeza que se desprende de un mundo centrado de este modo sobre la función. Me limitaré a evocar aquí la aflictiva imagen del jubilado, y esa otra, tan semejante, de los domingos ciudadanos, en que los paseantes causan precisamente la impresión de jubilados de la vida. En un mundo así, la tolerancia de que se beneficia el jubilado tiene algo de *irrisorio* y de *siniestro*."

Lo decisivo es la actitud de *reverencia* frente a la irreductible *originariedad* de los seres, a cuyo contacto llega a madurez el espíritu humano. Cuenta Goethe que los tres hombres de la provincia peda-

gógica preguntaron a Wilhelm Meister cuál es la cosa que nadie trae consigo al nacer y que es necesaria para ser plenamente hombre. Wilhelm reflexionó un instante y movió negativamente la cabeza. Ellos, tras una vacilación, dijeron en alta voz: "¡La reverencia!" Wilhelm quedó en suspenso. "¡La reverencia!—agregaron—. Les falta a todos, tal vez a vos mismo." (*Los Años de Peregrinaje* de W. Meister, t. II, cap. I.)

No debe confundirse, por tanto, *originalidad*, en sentido de *novedad*, con *originariedad* en sentido de *irreductibilidad personal*. Esto es lo que, sin duda, quería sugerir Kierkegaard al escribir el párrafo siguiente: "Así como el mal radical del modo de ser moderno consiste en objetivarlo todo, así la desgracia radical de la época moderna consiste en su falta de originalidad (...). Sin duda lo más cómodo y seguro es descansar en lo tradicional, pensar, opinar, hablar, obrar como piensan, opinan, hablan y obran los demás... Pero nunca fué opinión de la providencia que ello debiera ser así. Todo ser humano está obligado a tener originalidad (1).

Si el hombre se define como persona por su *libertad* y ésta es caracterizada como ordenación constitutiva a lo profundo y atencencia reverente a los valores, diremos que el hombre se individúa a través de un proceso de apertura y de servicio a lo valioso. Lo que llaman los psicólogos "el fondo vivo de la existencia" es en todo ser personal el nivel que se forma al entrar en relación viviente con seres dotados de intimidad. ¿No se afirma a menudo que al realizar una gran obra o iniciar un amor profundo nos encontramos a nosotros mismos? El momento estelar de la vida del hombre es aquel en que siente germinar una vida auténticamente personal al fundar en su espíritu un clima de donación. Cuando alguien dice que no ha realizado todavía su obra, alude a este encuentro con la forma de realidad que lo hará plenamente "sí mismo". Se trata, a ojos vistas, de un hallazgo extraordinariamente dinámico, como todo lo específicamente personal. No es suficiente, por tanto, afirmar que el hombre auténtico "vive del fondo irreductible de su propia personalidad", si no se agrega que ésta sólo existe en rigor cuando el hombre se halla al servicio de realidades profundas, con las cuales vive en relación de intimidad.

De ahí que la falta de autenticidad del hombre actual no dependa tan sólo ni primordialmente de las formas actuales de vida (cohabitación urbana, excesos de una propaganda exacerbada, etc.), sino de la pérdida del contacto con lo *originario-profundo*, lo que, a través de símbolos e imágenes, se nos da en persona y crea ámbitos de presencia y de diálogo. Al desprestigiar el hombre moderno el conocimiento

(1) Cit. por Lersch: *El hombre en la actualidad*, pág. 127.

simbólico como algo primitivo y a-racional, despojó al pensamiento de la fuente más copiosa de fecundidad, al desatender las realidades que fundan evidencia al darse por vía de presencia, sin necesidad de acudir al arriesgado recurso de la *époje* husserliana.

Tampoco se opone necesariamente la especialización a la unidad interna por ser una forma de trabajo extremadamente racionalizado, y, por tanto, monótono, sino por distender al hombre en un plano *superficial*. Aquí radica la verdadera clave, porque un especialista que ahonde en una materia muy acotada pero profunda, gana una dimensión de *universalidad* por vía intensivo-cualitativa. No se evita la pérdida de la necesaria unidad dedicándose a *muchas cosas superficialmente*, sino a *pocas con intensidad*, pues el modo de cohesión que aquí se persigue no es sincrético, sino entelequial. El peligro de la especialización radica en su espíritu disolvente y reductor, que se resiste a considerar los detalles bajo la inspiración viva del conjunto.

La racionalización *masifica* al despojar al hombre de su ámbito natural de despliegue intelectual, volitivo y sentimental, en el que logra su personalidad desarrollo y cualificación. Por eso la masificación se traduce en *nivelación cualitativa*. Bien sabido, repito, que sólo se puede ser *original* cuando se es *originario* por el contacto vital con lo irrepetible, que no es lo insólito, sino lo profundo. En el hogar del matrimonio recién constituido todo es originario para Max Picard: el pan recién salido del horno, el árbol plantado en el jardín, el agua que mana del grifo por vez primera, la luz que ilumina el primer amanecer, etc. Un poeta español, muy familiarizado con las labores domésticas de una casa de labranza, confesaba recientemente que el hecho de confeccionar el pan en el viejo horno de aldea le sobrecoge una y otra vez, porque siente la emoción de lo *originario*, que es donde brota la poesía.

No es el carácter cotidiano y uniforme de las acciones el que reduce al hombre a algo anónimo e inauténtico, sino la *superficialidad* del nivel a que se mueve intelectual, afectiva y prácticamente. La inauténticidad existencial procede de la autonomización de los aspectos del ser que, por superficiales, son impersonales, y ahogan al individuo entre sus mallas. Merced al progreso técnico, el hombre actual tiene la posibilidad de vivir confortablemente en un entorno de realidades profundas, sin superar un nivel superficial. Por el contrario, el que comprende en su verdadero alcance el prodigio de los inventos más recientes puede lograr en su vida cotidiana de hogar un nivel afectivo e intelectual extraordinariamente elevado. Lo grave está en que la mayoría de los destinatarios de los productos técnicos no viven a la altura que supone su creación, y no los toma, consiguientemente, en toda su hondura de "inventos", sino como meros "artefactos", que pueden ser

manipulados por un ignorante o un niño. Cuando lo profundo se convierte en manipulable está a un paso de perder su misteriosidad y contribuir con ello a crear ese estrato social que es *masa* por vivir a un nivel inferior a aquel que le corresponde.

Lo único que puede impedir la marea de creciente masificación es el contacto viviente con las realidades cuajadas de profundo sentido.

Sólo por esta vía se puede plantear con rigor el problema del *hombre-masa*, que es todo aquel que no vive con *originariedad*, sino de *prestado*, aunque sea culto hasta el refinamiento, pues sus ideas, juicios y palabras son papel moneda sin garantía de patrón-oro, que equivale en este caso al contacto personal con los seres en su intransferible *originariedad*. La autenticidad proviene de la interioridad, y ésta de la inserción en lo profundo, porque interioridad no indica una localización *espacial*, sino un *nivel de vida*, es decir, de pensamiento, sentimiento y acción. Interiorizarse no significa solamente acoger el mundo en el interior de sí mismo, sino proyectarse sobre el mundo en actitud de diálogo. *Interiorizarse es fundar ámbitos de presencia*. No se puede hablar, pues, independientemente de tomar conciencia del mundo y actuar sobre el mundo.

Lo característico de esta época que ahora empieza es destacar con renovado vigor que, en aparente paradoja, la originalidad se gana distendiéndose a través de campos dialógicos de profundidad en todos los horizontes de trascendencia: el interhumano, el artístico, el científico y, sobre todo, el religioso. De ahí el alto valor de toda forma de conocimiento que, por apuntar a objetos profundos, exige del sujeto participación y compromiso integral.

La *tarea más urgente del hombre contemporáneo* es poner en forma el sentido fundamental del trascender. A ello se dirige, por ejemplo, la formación litúrgica con su práctica de lectura de símbolos e imágenes, la Estética teológica que propugnan Urs von Balthasar y R. Guardini, el conocimiento de lo concreto existencial que ejercita K. Rahner, la plena valoración del conocimiento por fe—tarea que inspira los mejores esfuerzos de A. Brunner, A. Lacroix, R. Aubert, H. Fries, etc.—, y, no en último término, la revitalización existencial de la antigua y siempre nueva doctrina de la *analogía entis*—que constituye el centro dinámico de la amplia labor de Erich Przywara—.

Poner en forma este sentido de trascendencia implica llevar a cabo un proceso de interiorización, el cual exige, a su vez, moverse espiritualmente a un nivel de hondura, tensar los resortes humanos en direcciones de profundidad, hacia los centros de resonancia que llamamos valores.

Cumplida esta fundamental exigencia de la vida en el espíritu, se sentirá crecer en lo interior el sen-

tido de la *responsabilidad*, que es avivado por la presencia de realidades que exigen compromiso. Y, a la inversa, la educación para la responsabilidad y la autenticidad personales contribuye a orientar al hombre hacia lo que constituye la norma del buen actuar: lo profundo, los valores.

Es algo muy fundamental en Etica el hecho de que todo conocimiento de algo profundo nos *compromete*. Pues de ahí se sigue que la primera exigencia de todo hombre consciente es vivir a nivel de *profundidad*, ya que la responsabilidad es una urgencia no sólo intelectual, sino moral. Nada extraño que los metafísicos actuales acudan a la conciencia para penetrar en los estratos más hondos del ser. La responsabilidad es característica de seres originarios, y lo originario es lo profundo.

Para sentirse aquí y ahora como individuo personal debe ascender el hombre, paradójicamente, a un plano que desborda la mera puntualidad discursiva espacio-temporal. Lo cual, si bien se mira, lejos de provocar el desarraigo individualista, es pieza esencial en la génesis de la *vida comunitaria*, que implica cultivo de la propia personalidad y respeto incondicional a la personalidad de los demás.

De ahí el papel decisivo de la reverencia, como actitud de aceptación agradecida de lo valioso. Se reverencia en un anciano la carga de experiencia vital y madurez que sugiere la estampa amable de sus cabellos grises. Se reverencia en unas manos duras de labriego la voluntad de sacrificio y entrega al hogar que ellas simbolizan. Se reverencia en todo tiempo a las madres por ser el hogar recóndito de un misterio eternamente nuevo y sorprendente: el brotar de la vida. Si se reverencia una cosa o un acontecimiento, no es jamás como medio para un fin, sino como medio expresivo de un sentido y realidad profunda. Por eso vinculaba Goethe la reverencia y la religiosidad.

La reverencia brota espontáneamente ante lo profundo en todo espíritu *bien dispuesto*. Lo cual indica que, más que algo *innato*, o un mero elemento

del carácter, la actitud reverente es en el hombre fruto de una esforzada conquista. Ser reverente es, pues, signo máximo de madurez espiritual (2).

En una época depauperada por el culto a lo superficial, la tarea decisiva será, por tanto, ganar de nuevo el sentido de la reverencia, que es tanto como decir el *sentido del encuentro*, el ethos de diálogo con seres profundos.

Pero esto pende, a su vez, de la capacidad para leer fenómenos expresivos, contemplar a los seres en su brotar genético, como personas o cuasipersonas, no sólo como algo útil o inútil. De lo cual se sigue que, si el hombre de hoy vuelve apasionadamente a los símbolos e imágenes, no es por una voluntad de abdicar la razón a favor de los oscuros trasfondos irracionales del "alma", según la terminología de Klages, sino por la necesidad, hondamente vivida, de conceder a la razón su plenitud de derechos. Pues si se tiende actualmente a revalorar las fuerzas de la vida y del "alma" que la unilateralidad de la organización racionalista de la sociedad había mantenido represadas, ello no responde al deseo de recobrar respecto a la vida una inmediatez de carácter intrapersonal, fruto de la absolutización de los valores biológicos, sino una forma de vinculación rigurosamente personal, y, por consiguiente, altamente reflexiva.

La salvación del hombre actual radica en su fidelidad a estas dos exigencias fundamentales: recogerse y sobrecogerse. "El recogimiento es la prueba de la concreción y de la integralidad" (Sciaccia). El sobrecogimiento es la vibración ante la *llamada* de lo profundo. Recogerse es atender con amor. Sobrecogerse es, en cierta medida, responder. La amplitud y sinceridad de esta respuesta nos dará la medida del hombre de la Nueva Epoca.

(2) Vistas las cosas con la debida radicalidad, el Racionalismo es irreverente por ser superficial. Al amparo de su visión precaria de lo real se torna violento y practica todas las técnicas posibles de despojo, abriendo con ello vía libre a los sistemas de coacción que amenazan en la tierra la libertad de los desamparados.

TEXTOS

"Recogimiento es una dirección espiritual: me oriento hacia mí, hacia mis semejantes, el mundo; me oriento hacia Dios. Recogerse es experimentar las dimensiones de nuestra existencia. Es la prueba del amor: amarlo todo sin dispersarse y, al mismo tiempo, sin sacrificar nada, amarlo ordenadamente. No es la concentración en un punto excluyendo u olvidando los demás, sino la concentración sobre todos los puntos sin excluir ninguno, en la unidad del momento del "recoger".

"Recogimiento es purificación: no disipar los efectos y orientarlos, no dispersar los pensamientos es

purificación del corazón y de la mente: "encauzarse bien" es el orden que el silencio da a cada palabra nuestra, de modo que tenga significación. El recogimiento es obra de *simplificación* de nuestro existir; y simplificar no es sólo ordenar y aclarar, sino, por lo mismo, profundizar. Simplificar no es renunciar a algo. Es liberarse de la complejidad artificiosa y confusa. Simplificar es 'acoger' todo en la 'cosecha' aclarada y ordenada. Es renunciar al 'rumor' del caos por el 'sonido' del ordenado silencio, profundidad de todas las palabras." (M. F. Sciaccia: *El silencio y la palabra*, pág. 173.)